

¿Por qué preocuparse por la formación docente?

Entrevista a Frida Díaz Barriga

Alumna de la primera generación del Colegio de Ciencias y Humanidades y con amplia experiencia en formación docente, la maestra en Psicología Educativa por la Facultad de Psicología y doctora en Pedagogía por la Facultad de Filosofía y Letras, ambos grados otorgados por la UNAM, compartió en entrevista la importancia que debe darse a los programas de formación de profesores en las instituciones educativas.

Judith Díaz Rivera/Elizabeth Verduzco

Formación de profesores acorde con el paradigma de enseñanza de la institución

“Un programa de formación de profesores puede verse de muy distintas maneras en función del paradigma que lo guíe”, comentó Frida Díaz Barriga al considerar que todo proyecto de formación de profesores está presidido, sobre todo, por la mirada que la institución posee en relación con lo que implica la enseñanza, el sentido de la docencia y cuál es la tarea del maestro. Es decir, agregó la investigadora de la Facultad de Psicología de la UNAM: si la visión de la enseñanza de la institución consta solo de la transmisión del conocimiento, la formación de profesores deberá centrarse en un docente con conocimientos sólidos y con buena capacidad para transmitirlos; sin embargo, si se tiene al maestro por un mediador en la construcción del conocimiento, la preocupación debe centrarse en capacitar profesores que recuperen contenidos sin centrarse en ellos, formando así alumnos que posean habilidades de pensamiento y reflexión que les permitan cuestionar el conocimiento.

“Siento que hoy, como resultado de los sesenta y setenta, en los que imperó la visión conductual

en la educación, existen todavía algunos resquicios de la tecnología educativa que dan relevancia especial a la parte técnica de las habilidades del maestro y en cómo debe impartirse la información;



se trata de una enseñanza muy programada, con una visión por objetivos medibles, que segmenta el conocimiento para darlo en una especie de ‘pildoritas de fácil digestión’. Obvio, en el momento de la evaluación, el profesor enfrentaba una situación que se asemeja mucho a lo que Ignacio Pozo denomina la teoría del fax. Como su nombre lo indica, desde esta concepción, el proceso de enseñanza-aprendizaje se concibe como el envío de un fax: el profesor manda un documento al alumno y éste, cuando se lo evalúa, debe regresar el mismo documento sin posibilidad de cambiarle nada.”

Afortunadamente, agregó Frida Díaz Barriga, “este tipo de enseñanzas han sido cuestionadas filosófica y socialmente, por lo que hoy en día, se han replanteado las miradas hacia la formación docente. Actualmente existen cambios en las teorías y la enseñanza está más centrada en el alumno; se sigue reconociendo que los contenidos son importante, pero se hace hincapié en que educar no es sólo transmitir información, pues el docente forma personas, no llena recipientes de datos”.

¿Y el profesor?

¿Cómo es que aprende?

Es necesario examinar a la enseñanza en un sentido más amplio e integral, señaló Frida Díaz Barriga, al referirse a la capacitación de los profesores y añadió: “por ese motivo, me gusta mucho el trabajo de uno de nuestros grandes educadores mexicanos, el doctor Pablo Latapí Sarre, quien en su texto *¿Cómo aprenden los maestros?* nos dice que, al pensar en la formación docente, debemos también entender cómo aprende el profesor y qué lo lleva a hacerlo, pues muchas veces cometemos el error de convertir este proceso en algo demasiado formal, repitiendo lo mismo que hacemos con los alumnos y, precisamente, contradiciendo los nuevos enfoques pedagógicos con los que queremos trabajar”.

“Pretendemos formar a los profesores en una docencia innovadora en espacios a veces muy formales, rígidos, prefigurados, teóricos —en el mal sentido de esta palabra— y sin vínculo con su práctica. Por esto es que yo señalo como un principio fundamental dentro de la formación de profesores que ésta acerque al maestro al entendimiento y problematización de su práctica docente”.

Aunado a esto, la investigadora resaltó: “es menester entender que un proceso de formación docente de calidad debe ser constante y permanente, un profesor no concluye su preparación tan solo con asistir a un curso de veinte horas; la actualización y aplicación de lo aprendido debe ser constante”.

Competencias docentes en tiempos modernos

Frida Díaz Barriga hace hincapié en la necesidad actual de que la formación del profesor salga de los espacios cotidianos (cursos, talleres, maestrías o diplomados) y se inserte en otros donde existan elementos para replantear su práctica, espacios que le permitirán incidir, trabajar, cambiar cosas y, además, probarlas. “Es por esto que a mí me gusta la visión denominada ‘reflexión en acción’, en la que es el profesor quien problematiza, cuestiona e identifica áreas en las que tiene que trabajar y, al mismo tiempo, interactúan con la teoría; porque también, cabe aclarar, es falsa la idea de que el maestro reflexiona e intuitivamente hace brotar un conocimiento nuevo; si pensamos en el docente como un profesional de la enseñanza, es necesario que éste cuente con elementos teóricos y metodológicos. Se requiere, además, una sólida formación en las disciplinas vinculadas a su enseñanza y de un potencial de transformación y creación”.

Con respecto al concepto del maestro que “se inicia”, también conocido como profesor



“novato” —sin el afán de ser peyorativo—, Frida Díaz Barriga subrayó: “el docente que se inicia, según la literatura —y aquí pienso en el profesor del CCH—, normalmente se enfrenta con dificultades para establecer una disciplina de trabajo y relaciones interpersonales adecuadas, por ejemplo, lograr que el alumno haga la tarea; es un maestro con problemas en la evaluación y en el enfoque de la enseñanza, porque es un docente que, con frecuencia, se centra en los contenidos y no en el aprendizaje de los alumnos, pues llega con la meta de dar el programa completo pase lo que pase”.

Señaló que una buena manera de resolver los problemas de este tipo de maestros, es la de insertar a los docentes en un contexto de soporte y acompañamiento, pues “se ha visto que los maestros funcionan mucho mejor si cuentan con un tutor o mentor que los apoye y oriente de diversas maneras, ya sea analizando su plan didáctico, videograbando la clase, discutiendo y trabajando lo que pasa con los alumnos. De esta

manera, tenemos también lo que se denomina ‘comunidades de práctica’, en las que el maestro que inicia su formación empieza a trabajar como un participante periférico con el propósito de ir aprendiendo la labor de ser docente, para después empezar a ser un colaborador más central, con más habilidades y competencias para desenvolverse como profesor”.

Por otro lado, señaló la doctora, “debemos ser sensibles a qué tipo de docentes queremos formar y en qué situaciones se encuentran éstos: no es lo mismo formar a maestros que inician su carrera docente que a los que llevan muchos años en el Colegio”, y mencionó a Carles Monereo, docente de la Universidad de Barcelona, que posee trabajos sobre lo que él llama “la detección de incidentes críticos”; en éstos, el investigador señala precisamente que la formación docente falla mucho por ser tan genérica y prescrita para todos: “Carles Monereo habla de la necesidad de un proceso de formación que atienda a la didáctica, el contenido, los escenarios y, a la vez, a la parte afectiva, emocional y relacional del profesor.” Para Monereo, agregó Frida Díaz Barriga, “deben detectarse los incidentes críticos del maestro, es decir, las situaciones que enfrenta en la institución donde enseña para detectar cuáles son las necesidades que deben ser atendidas con mayor urgencia en el apoyo a la docencia; ése es el punto de partida para el proceso formativo. Incluso, el grupo del doctor Monereo cuenta con un instrumento que facilita la detección de estos incidentes críticos, que bien vale la pena detenerse a revisar, porque finalmente, además de ser una especie de radiografía de los profesores y sus circunstancias, es una radiografía de su institución: ¿qué está pasando en ella?, ¿en qué aspectos hay soporte o no para la tarea docente?, ¿qué está sucediendo con los alumnos?, ¿cómo es que interaccionan con el profesor?”

En cuanto a las habilidades que debe tener un profesor, Frida Díaz Barriga recupera el libro de Perrenoud: *Diez nuevas competencias para enseñar*. “Perrenoud publica aquí el producto del trabajo colegiado de docentes y expertos en didáctica, psicólogos y autoridades educativas; señala cuáles son los grandes ámbitos que definen la docencia en la sociedad contemporánea y, sobre todo, recupera la visión integral de la labor del profesor. De aquí que estas diez competencias incluyan la tarea didáctica del profesor, las habilidades de relación y comunicación, el trabajo del manejo emocional, el vínculo con la escuela, con los padres y con la comunidad además de la sólida formación conceptual del docente”.

La investigadora mencionó, además, una propuesta ofrecida por la educación americana: “Se trata también de diez medidas, acotadas tal vez más al trabajo didáctico del profesor: enseñanza, evaluación, conocimiento del desarrollo del alumno, formas de relación, etcétera, que

también son muy interesantes y están acompañadas también de experiencias para la formación de los profesores, del trabajo de mentor y tutoría para apoyar a los maestros en los diferentes trayectos por los que pasan para apropiarse e ir perfeccionando sus habilidades. Me parece relevante el interés que se le presta a documentar los saberes del profesor para aportar evidencia e ir construyendo un portafolio que dé cuenta de las competencias que desarrolla. Consiste en un aprendizaje muy dinámico en el que el profesor está siempre en continua capacitación. Si bien se trata de referenciales de competencias bastante interesantes, espero que generemos uno más local, relacionado con las necesidades y contexto de nuestro país e incluso de nuestra universidad”.

Otras propuestas para la formación docente

Al pensar en propuestas distintas de formación de profesores, la investigadora resaltó el trabajo que algunos maestros realizan por iniciativa propia en redes de trabajo y claustros académicos enfocados en proyectos de innovación educativa. “Creo que en la UNAM esa posibilidad se puede impulsar por medio de los llamados proyectos PAPIME, en los que se lanza una convocatoria y los profesores participan, más allá del financiamiento que otorga la institución que, claro, es muy bueno; en el fondo se trata de eso: un grupo de docentes que atiende alguna necesidad, muchas veces de carácter local”.

¿Cómo evaluar el impacto de una experiencia de formación docente?

Ante una pregunta tan complicada, Frida Díaz Barriga manifestó: “aún no se tiene una respues-





ta acabada para ello, por lo que todavía tenemos mucho que hacer desde el punto de vista de la evaluación docente. Hoy sólo se indica si el profesor concluyó el diplomado o la maestría, qué eficiencia terminal se obtuvo en el curso y cuántas personas lo tomaron; al menos en los reportes de las instituciones eso es lo que aparece. Y puede que ésa sea una medida que nos dé noticia de la eficiencia del proceso; no quiero decir que se descarte, puesto que también es importante, pero tenemos que ir más allá de las estadísticas, y eso es algo difícil; no hemos encontrado la manera de dar seguimiento al proceso para saber si efectivamente hay algún tipo de repercusión o se alcanzaron los resultados deseados”.

“Tenemos que pensar formas de evaluación más sistémicas, respecto de las que los clásicos, como Stufflebeam, nos siguen diciendo cosas importantes: hay que valorar contextos, procesos, productos, incidencias, tener una mirada más amplia para ver el impacto que produce cada uno de los elementos que intervienen”.

“No hay que perder de vista que la calificación de los estudiantes o la cantidad de alumnos que terminan o no un curso está mediado por muchos factores; de aquí que esto tampoco sea un buen parámetro para evaluar a los profesores; por ejemplo, en la actualidad se critica mucho la idea de que los estímulos del profesor de educación básica estén condicionados por la calificación que obtenga el docente en las evaluaciones de carrera magisterial o, peor aún, que dependan del resultado que obtengan sus estudiantes en la prueba ENLACE. Con esto, en vez de solucionar un problema, se pervierte más al sistema, centrando la actividad del docente en sólo entrenarse y entrenar a sus alumnos para pasar la prueba. Me han comentado incidentes como que el maestro llega a pedirles a algunos alumnos de rendimiento bajo, o que tienen rezago en las materias, que no vayan a la escuela el día en que se aplicará la prueba. Con esto sólo se falsean resultados, se discrimina a los alumnos y al final de todo ¿a quién le ayuda? Necesitamos evaluaciones más contextualizadas, orientadas a la comprensión y mejora, en la que los profesores vean el cambio a lo largo de un proceso de trabajo y la medida del cambio; es necesario saber cuál es el punto de partida o el contexto en el que se aplica”.